

## Impacto Social del Arte

México - Filipinas - Brasil

# Letras

México / Oaxaca

Cuento

Ximena Bohórquez

## MANÍAS

El reflejo de las nubes sobre los charcos de agua hacía que el día gris se volviera aún más nostálgico. Estiré la mano con la palma extendida al cielo; las gotas de lluvia habían cesado.

Mis botas rompían los espejos de agua conforme avanzaba y la ilusión de las nubes se deshacía por completo. La campana avisó de mi llegada cuando me paré debajo del umbral de madera que era verde y desgastado, y tiré de la puerta vieja de aquella tienda.

Desde hacía tiempo veía cómo las personas entraban descontroladas y se encimaban las unas con las otras para hacerse un lugar dentro de aquella tienda. Tenía que admitirlo, la curiosidad me había ganado, quería saber lo que aquel lugar contenía.

Ningún anuncio, ningún letrero; sin embargo, la popularidad de la tienda se había esparcido de boca en boca. Cuando entré la piel se me erizó, mis ojos se abrieron con asombro y un ligero temblor sacudió todo mi cuerpo.

El sudor frío brotó en las palmas de mis manos. De repente el aire se sentía sofocante y con desesperación me quité la bufanda para poder respirar. El tiempo se detuvo, un segundo se paralizó para que mi persona pudiera comprender lo que mis ojos estaban captando.

No es que hubiera gran cosa en la tienda; de hecho, no había nada. El papel estampado con flores rojas de las paredes estaba desgastado y en algunas partes se había rasgado por completo. Las personas deambulaban por el espacio y se arremolinaban hasta el fondo, como si no quisieran que la poca luz que entraba por los escaparates les tocara. Otras más se escudaban de un monstruo invisible con el cuerpo de otra persona, lo agarraban por los hombros y clavaban firmemente las uñas, escondiendo su rostro en la nuca del otro.

A simple vista parecía que las personas no seguían un patrón definido, pero si te detenías un momento y analizabas la escena podías ver que había dos grupos claramente definidos dentro de las horribles paredes.

En el lado izquierdo de la tienda, cuando el escudo humano se rehusaba a cubrirlos, los semblantes cambiaban por completo. Las cejas se arqueaban hacia adentro y las bocas se deformaban en una risa nerviosa para luego afianzar más el agarre que tenían sus uñas y lentamente hacer que la víctima se doblegara, pegando bruscamente las rodillas contra el suelo de madera desgastado. ¿De quién se escondían? Estaban tan cegados en su propio miedo, que no se daban cuenta que ellos eran los verdaderos monstruos. Si la persona se resistía aún más, tomaban medidas más drásticas para que no se volviera a levantar.

Las víctimas terminaban en el suelo y su cuerpo adquiría la posición de feto, esperando la siguiente paliza. La sangre de quienes se habían opuesto comenzaba a manchar los restos del papel de flores de las paredes, añadiendo más pétalos y volviendo a avivar su color rojo. Del lado derecho el comportamiento variaba ligeramente: seguían tomando como escudo a cualquier persona, solo que el agarre era menos violento y si la persona oponía resistencia solo sonreían hipócritamente inclinando levemente la cabeza como si dijeran “perdona, no era mi intención incomodarte”. Al no tener ninguna protección contra el mundo, las manías comenzaban: “ve sus manos”, me susurró una voz al oído. La sangre seca manchaba las puntas de sus uñas y en la cutícula, la piel rosada estaba ornada con sutiles hilos rojos. En otras manos las uñas eran casi inexistentes y los bordes eran irregulares; cada cierto tiempo llevaban las uñas a la boca y sus dientes buscaban más para roer.

“Mira sus bocas”. Los labios estaban resecos, y las manos nerviosas subían de vez en cuando para tirar sin cuidado de los pellejos secos. “Ahora mira las patillas”. En contra de mi voluntad veía todo lo que aquella voz me decía. Volví a hacerle caso y con ojos temblorosos dirigí la vista a sus cabezas; en el área señalada faltaban mechones de cabello y no se necesitaba mucho para deducir cómo era que se lo habían arrancado.

Me percaté de todo eso en el segundo que se había congelado para mí. Y lo único que pensé fue: ¿por qué las personas insisten en entrar en esta tienda, por qué se quedan? ¿Por qué yo había estado tentada a entrar también?

Me asustó mi pensamiento y cuando los nervios estaban a punto de tomar el control de mi cuerpo, detrás del mostrador de madera desvencijado se irguió una figura humana. Contuve el aliento y retrocedí un paso al ver aquella cara tan familiar que me sonreía cínicamente. Con el dedo índice me hizo una señal de silencio y después volteó a ver ambos grupos, como si me dijera: “no grites, no vaya a ser que te escuchen y vengan por ti.” Sonrió complaciente cuando mis pies involuntariamente caminaron hacia donde ella estaba, esquivando los cuerpos que se interponían en mi camino.

Aquella mujer se escondió detrás del mostrador y al instante volvió a salir con una pintura en las manos; el cuadro cubría su torso. Jadeé al ver el retrato, mi retrato. Los ojos de la mujer conectaron con los míos y con miedo alcé la mirada.

“¿Por qué tienes miedo?” me susurró al oído, haciendo a un lado el cuadro, “¿por qué me tienes miedo?” Con temblor me aparté y por primera vez la contemplé de pies a cabeza: sus ojos eran los míos, la curva de su boca era también la mía, sus pómulos, sus pestañas, su cabello. Todo era mío. Volví a ver el cuadro: era mi reflejo mirando otro cuadro, y la chica dentro del cuadro giraba la cabeza para ver a la misma chica dentro de otro. Era un bucle sin final.

“Detenlo” me volvió a decir, “detén esta locura” y con un tono demandante volvió a reclamarme “¡Haz que pare, a ti te corresponde!” “¡DETÉN ESTO!”

Agarré el cuadro y lo partí a la mitad con la rodilla. Las manías finalmente se detuvieron. La mujer idéntica a mí también desapareció.

Dejé en la mesa los pinceles, restregué mis ojos débilmente y observé la pintura recién terminada. Le di los últimos toques al papel floreado, remarqué la silueta de la mujer entrando en la tienda y el tinte rojo en los dedos de algunas personas.

En la exposición, todos admirarían la obra mañana, la declararían revolucionaria, cuando en realidad no tenía mucho de eso. Al fin y al cabo, eran mis manías las que había retratado. Solo eso, no más.